

drogas*

michel serres**

Traducción de
**MARTHA PULIDO y
ALBERTO CASTRILLON**

El reciente fallo de la **Corte Constitucional** sobre la despenalización del porte y consumo de dosis de uso personal de drogas ha desatado una reacción emotiva promovida desde el alto gobierno con la consigna de "la gran cruzada contra la despenalización del consumo de drogas". **La Revista de la Facultad de Sociología de la Universidad Autónoma Latinoamericana** en absoluto desacuerdo con este peligroso camino, propone que se abra un gran debate filosófico, científico y ético sobre un tema como éste que hoy se debate en gran parte del mundo. Consecuente con esta posición, la revista presenta a sus lectores un ensayo del filósofo francés Michel Serres sobre la droga. Esperamos así colaborar para que el país entre en una etapa de diálogo sobre este tema y no se desate una ordalía o cruzada.

Luis Antonio Restrepo A.
Director de la Revista

Los animales no se drogan. Sin duda están protegidos por sus aparatos instintivos.

Bestias sin instinto, los hombres no hallan en sus automatismos biológicos algo que los proteja o los equilibre. Se encuentran lúcidos, arrojados en el tiempo y expuestos directamente a la muerte, a la inversa de los animales, que no tienen de ella ninguna percepción. La palabra existencia no significa otra cosa que distancia del equilibrio y falsa seguridad vertiginosa. No estamos nunca tranquilos.

Las drogas funcionan como protecciones contra las angustias asociadas a la muerte y al tiempo. Es decir, todos los hombres, en todos los momentos y bajo todas las latitudes se entregan a la droga. Esta conducta, entre muchas otras, nos distingue de las otras criaturas del reino animal. Aquellos seres extraordinarios que saben o pueden vivir sin las drogas los denominamos, según nuestras culturas, sabios,

* Artículo publicado por la Revista ENFANT D'ABORD, Nº 137, Dic. 1989-Enero 1990. París.

** Filósofo de las Ciencias, nacido en 1930. Actualmente profesor titular de la Universidad de Stanford (California), y profesor encargado de la cátedra de Historia de las Ciencias en la Universidad de la Sorbona. (París I).

justos o santos. Entre nosotros algunos fuman opio o tabaco; otros trabajan incansablemente; aquellos, beben alcohol; otros, luchan por el poder, sedientos de ambición y de gloria, hambrientos de reconocimiento y aún de dinero; y hay quienes, repetitivos y avaros no paran de hablar, ni de mirar televisión; otros, en fin, discuten continuamente de política; y, ¡cuántos aún asedian las farmacias...!

Todas aquellas conductas que suponen la adquisición de un hábito rimando obligatoriamente el tiempo con la repetición de un gesto estable o el retorno permanente de un objeto, so-pena de dolores especiales, son conductas producidas bajo el efecto de narcóticos o tóxicos. El mismo itinerario, no importando la ocupación a la cual uno lo consagre, muestra que pocos hombres saben y pueden pasar su vida sin dedicarla a algo. Los animales no hacen horarios. Nuestros relojes tienen necesidad de que les demos cuerda.

El hombre, universalmente, se droga. Podríamos aún preguntarnos si la toxicomanía no es aquello que lo define, al menos, biológicamente. El hombre es un ser adicto.

Determinadas drogas son admitidas por la sociedad o por la cultura que la anima. Por ejemplo: entre la ambición y el trabajo; el dinero y el periódico; las noticias y los remedios; los resultados deportivos y las cotizaciones de la bolsa de valores, algunas son consideradas como sinónimos de virtud. De suerte que, a menudo, aquellos que anuncian que van a luchar contra la droga aseguran regularmente su considerable dosis cotidiana. En estos temas es tan rara la inocencia como excepcional es la santidad.

Sería necesario disponer de un buen criterio de distinción entre las drogas soportables por los individuos y aquellas que no podrían de ninguna manera tolerar. Por ejemplo: la ambición, la gloria, el dinero, responsables evidentemente de todas las guerras sobre el planeta, podrían figurar en la segunda clase, en el cuadro rojo de los más terribles tóxicos. Pues toda nuestra historia actual depende de ello.

Que hoy en día la banca y el comercio planetarios encuentren los mejores beneficios en los circuitos de venta de determinadas sustancias, prueba, con toda evidencia, a los ojos de filósofo, que el dinero mismo es una droga más fuerte aún que la heroína, puesto que, al fin de cuentas, se restablece el primero con la segunda: la obtención de uno se revela

todavía más necesaria que el consumo regular de la otra.

No nos hemos drogado solamente con los productos venidos de América del Sur o del Asia del Sur-Este, sino, que somos esencialmente drogadictos. Cada vez más, la cultura occidental reciente, nos impulsa a asumir conductas tóxicas: el empleo exageradamente opresivo de nuestro tiempo de trabajo; el trabajo mismo, igualmente pesado así nuestros compañeros estén allí dedicados, como cuando no lo están; la publicidad; la expropiación de los medios de comunicación, conducen todos a elevar de manera vertical el consumo cotidiano de una droga o de otra.

Nos rodeamos sin cesar de consumo. ¿Cómo escandalizarse con las cifras del negocio de la cocaína, cuando mejores beneficios se obtienen de la farmacia o de la publicidad?

Si el padre o la madre con toda su buena voluntad ofrecen el espectáculo de vidas y de mentes constantemente dirigidas hacia un sólo tormento—obsesionadas noche y día por el dinero, el trabajo, la ambición o el periódico, por el lenguaje y las imágenes—, cuando su hijo se droga, lejos de oponerse a sus padres los imita. De este modo, la educación occidental ha triunfado: contrariamente a la consideración corriente sobre este tema la generación joven sigue a la precedente con entusiasmo. A padres obsesivos, hijos perdidos o estupefactos.

La sociedad de consumo produce niños de consunción.

La batalla contra la droga como en otra época la abominable guerra del opio en China, o, más recientemente, el suceso, más innoble aún, de los Versos Satánicos, anuncian las primeras escaramuzas de la tercera gran guerra mundial: la del Norte contra el Sur.

Comenzamos siempre por persuadirnos de que el adversario sufre de todos los defectos del mundo, especialmente de los nuestros, antes de atacarlo.

Se nos presenta, entonces, como necesario distinguir el problema realmente ontológico de la droga de todos los desarrollos que ha conocido recientemente: todo el despliegue de fuerzas mundialmente catastrófico de las potencias financieras, políticas, penales, vienen, creo yo, del engegamiento de los países desarrollados que imitan la conducta norteamericana en estos temas, la cual

es completamente puritana. Si siempre los hubiésemos seguido tontamente en materia de prohibiciones, el cognac hubiera reemplazado a la heroína. El puritanismo es una conducta de simple exclusión. Los puritanos han creído, asiduamente, que se puede erradicar el mal y tirarlo al fuego. Piensan que, de esta manera, sólo el bien reinará.

El problema de la droga se asemeja, hasta el punto de confundirse con él, al de la violencia. Desgraciadamente, considero que todos dos son inerradicables. Nos es preciso, entonces, hacer del mal virtud. Transformar, en la medida de lo posible, la violencia en energía creadora: el alcohol en Margaux y, la transmisión mass-mediática de las desgracias del mundo en tragedias sublimes como en Esquilo o en Racine. Dicho de otra manera, la tolerancia produce lugares de creación. En la bestia innoble que se droga es ponderable que, a veces, sabe transformar sus tensiones en cultura. El puritanismo le tiene horror a la cultura.

La política colonial francesa en Marruecos e Indochina, no puritana en términos de Haschich o de Betel*, se calcaba, en otra época, sobre la sabiduría tonta pero necesaria del establecimiento de un control local. Durante mucho tiempo me escandalizó que el Estado favoreciera un vicio mortal. No obstante, más vale eso que combatirlo. Al menos, de este modo, no aumenta hasta el punto de llenar todo el planeta de dinero, de muertos y de sangre.

Desde que comenzó la guerra del presidente Bush las diferentes drogas han doblado su precio y, claro está, algunos bancos han aumentado aún más su poder mientras que entre los pobres la sangre corre dos veces más.

Por el contrario, algunos establecimientos sostenidos por el Estado y, por supuesto, por funcionarios mal pagos como el hospital y la universidad alcanzan estados de lamentable descuido y suciedad. Menos dinero, más muertes, nada de guerra, sólo la miseria ordinaria de nuestras vidas.

Los toxicómanos son hombres ni más ni menos drogados que usted y yo, pero, eso sí, gravemente enfermos: la desgracia, la pobreza o la mala suerte los conducen a la elección de una droga atroz y rápidamente mortal, en tanto que usted y yo hemos escogido, por suerte, una droga deleitable y solamente mortal lentamente. Nos basta con entrar a una tienducha donde podamos procurarnos algunas porquerías a precio irrisorio: tabaco negro, pintalabios en promoción, una que otra adulación o las últimas noticias en la televisión.

Esta solución que propongo, con humor y tristeza, sé bien que el Norte rico y poderoso siempre la rechazará, puesto que ya lo veo estremecerse de júbilo con la idea de una guerra próxima con el Sur pobre y débil. Conflicto que acaba de desatar, entre otras, la movilización general de los países industrializados contra la droga proveniente de los agricultores miserables del Tercer Mundo. Ebrios-muertos de consumo nos preparamos para destruir a aquellos cuyo trabajo y muerte nos embriagan.

¿Cuál sociedad duda alguna vez en ocultar sus problemas tras la violencia guerrera, sobre todo cuando ésta no presenta ningún riesgo? La prohibición concerniente al alcohol fue, en los Estados Unidos, el signo de una guerra que opuso el puritanismo anglosajón de los primeros inmigrantes que llegaron a ser ricos y poderosos, a la población miserable de los recién llegados de Europa del sur: Griegos, Italianos y Yugoeslavos que bebían vino.

Así mismo, la guerra de la droga opone, hoy en día, los dominantes del mundo desarrollado, todos de cultura norteamericana, perdón, de subcultura, al Tercer Mundo que masca hojas de coca y, que la cultiva, porque los primeros derrumbaron el precio del cacao y del café.

A los países de Occidente la tensión desaparecida con el Este no les da ya más la ocasión de batirse, por esto entablan un nuevo conflicto contra otros miserables.

Los puritanos le tienen horror a los pobres.

* N. de los T.: el Betel es una planta piperácea, cuyas hojas son estimulantes y tienen sabor a menta.